

España

Emilia, la primera beata gitana

Emilia, *la Canastera*, se convertirá este sábado en la primera mujer gitana beatificada en el mundo. Volvió a Dios en prisión, en los momentos más duros de su vida, cuando otras reclusas le enseñaron a rezar el rosario. Con ella serán beatificados en Almería otros 114 mártires.

Págs. 16/17



► 23 Marzo, 2017

Los escalones de Emilia al Cielo

Fotos: Obispado de Almería



Emilia la Canastera, la primera mujer gitana beata, mártir del rosario, en una ilustración

Sacerdotes, abogados, agricultores, maestros... Así son los mártires de Almería

La causa en la que se incluye Emilia está formada por un total de 115 mártires, de los que 95 son sacerdotes –92 diocesanos, dos operarios diocesanos y un franciscano– y 20 laicos, entre ellos dos mujeres. Todos eran naturales de Almería y su diócesis o residentes en su territorio en el tiempo de la persecución religiosa en la que fueron martirizados, entre 1936 y 1939. Entre los laicos había personas de toda condición y pertenecientes a distintas organizaciones eclesiales. Los hay que eran adoradores nocturnos; otros de Acción Católica o de la Asociación Católica de Propagandistas. Había abogados, agricultores, ingenieros de minas, amas de casa, maestros, farmacéuticos... que no dudaron en dar su vida por la fe. Más aún: dieron la vida perdonando a sus verdugos.

▼ La Canastera, como así se la conoce, se convierte este sábado en la primera beata gitana del mundo. Junto a ella, serán beatificados otros 114 compañeros, mártires durante la Guerra Civil

Fran Otero @franoterof

Emilia Fernández Rodríguez, conocida popularmente como *la Canastera* sube a los altares este sábado junto con otros 114 mártires de la fe durante la Guerra Civil. Es 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Virgen María, a quien tanto rezó la primera mujer gitana beata en la cárcel a través del Rosario. Es, de hecho, mártir del rosario.

Pero Emilia no es una mártir al uso; ella no fue asesinada de forma directa. No fue ejecutada. Es, como muchos lo han sido antes, mártir por los sufrimientos. Penurias que encontró en la cárcel, allí donde estaba esperándola Dios. Porque, aunque fue bautizada el mismo día de su nacimiento, la vida de esta mujer gitana no estuvo nunca cerca de la Iglesia. No se tiene constancia de que hubiese recibido catequesis, ni siquiera la Primera Comunión. Es tras ser conducida a la cárcel por ayudar a su marido a evitar ir al frente, poco después de casarse y embarazada, cuando descubre la fe a través de un grupo de mujeres de distintas con-

diciones –casadas, viudas, solteras y religiosas– que rezaban el rosario por las tardes. Aprendió entonces el padrenuestro, el avemaría y el gloria y, por tanto, el rezo del rosario, de la mano de Dolores del Olmo, aunque nunca supo de memoria las letanías. «Es en este momento, cuando descubre a Dios, que su vida cambia completamente. Deja de llorar y estar triste, y vuelve a ser la gitana alegre y simpática que había sido», explica a *Alfa y Omega* Martín Ibarra Benlloch, doctor en Historia y autor de *Emilia la Canastera*, editado por Palabra.

Para entonces, la nueva beata ya había subido algunos de los escalones que le han llevado al cielo: admitir la amistad con el otro en la cárcel; aprender a rezar el rosario; dejarse catequizar y tener un mayor deseo de Dios; escuchar la vida de los santos; y descubrir la Iglesia con aquellas mujeres en la cárcel, como una Iglesia en las catacumbas. Pero le quedaban algunos más, marcados, sobre todo, por el sufrimiento.

Uno de ellos fue el de superar el hambre que reinaba en la prisión, que era más un intento de exterminio de-

liberado que falta de víveres. En el caso de Emilia, la situación era doblemente grave, pues estaba encinta. Esta circunstancia la aprovechó la jefa de la cárcel, Pilar Salmerón, para chantajearla a cambio de comida y favores; solo le tenía que decir quién le había enseñado a rezar, quién era su catequista. La conmina incluso a apostatar. Se niega, «entiende que la verdadera libertad es la interior», reconoce Ibarra Benlloch. Así acaba Emilia en una celda de castigo, sola. Lo cuenta su propia catequista, según recoge el citado libro: «Esta muchacha que se encontraba condenada a seis años por haber evitado que su marido marchara al frente, a pesar de las falsas promesas de Pilar Salmerón y que ella creía ciertas, se negó en absoluto a delatar a la que le había enseñado a rezar; entonces, Pilar Salmerón, sin tomar en cuenta su estado la recluyó en una celda, dejándole en el mayor abandono y al dar a luz sin que se le prestase ninguna ayuda facultativa, e incluso le negó alimentos, ropas y elementos de higiene necesarios, muriendo a consecuencia de esto a los ocho días».





► 23 Marzo, 2017

Subió así los escalones de la no delación de su catequista, el del cuidado de su maternidad aunque le cueste la vida y, finalmente, su abandono a Dios, pues entre grito y grito de dolor, reza junto a sus compañeras. Para Ibarra, lo más significativo de Emilia es «su entereza ante la adversidad y su capacidad de sufrimiento. Su humanidad y buenos modales. Su capacidad de observación e inteligencia natural. El darse cuenta de que debía volver

«Tuvo una gran entereza y capacidad de sufrimiento. Gran humanidad y buenos modales. Supo volver a Dios a pesar de las circunstancias dramáticas», afirma Martín Ibarra, doctor en Historia

a Dios a pesar de sus circunstancias dramáticas. El recurrir a la Virgen María, a través del rezo del rosario, para conocer más y mejor a Jesucristo. Emilia, que en el mismo día de su nacimiento fue bautizada, murió como cristiana ejemplar».

Son los escalones hacia la santidad de una mujer gitana como tantas; trabajadora como tantas, alegre y piadosa, leal y buena madre. Es, en definitiva, un buen ejemplo de que siempre hay tiempo para volver a Dios y que la santidad es posible.

Silvia Rozas Barrero

Derrumbando estereotipos

Silvia Rozas Barrero

Roquetas del Mar acogerá el 25 de marzo la beatificación de los mártires de Almería, en la que se incluye por primera vez una mujer mártir de etnia gitana. En las últimas décadas hemos visto cómo la comunidad gitana se ha ido incorporando poco a poco a esferas de la vida pública, aunque su mochila suele estar cargada de prejuicios y estereotipos, de luchas y mucho esfuerzo. Hoy se calcula que la población gitana española es de unas 650.000 personas. La región con mayor número de gitanos es Andalucía (270.000), seguida de otras como Cataluña (80.000), Madrid (60.000) o la Comunidad Valenciana (52.000). Incorporarse a la esfera pública supone también enrolarse en el sistema educativo y hoy vemos normal la escolarización de niños y niñas gitanos, con lo que supone de promoción e incorporación social. Pero esto no ha sido suficiente, todavía cómo las desigualdades crecen y amenazan este ideal de promoción social que muchos tenemos depositado en la educación. Según la Fundación Secretariado Gitano, «el alumnado gitano, en su inmensa mayoría, deja el sistema educativo sin obtener el graduado en ESO y, por tanto, con una formación

incompleta y con escasas oportunidades para incorporarse al mercado de trabajo. Por otra parte, vemos que existe una auténtica brecha de desigualdad entre la juventud gitana y el resto de los jóvenes estudiantes. Así, mientras que un 13 % del alumnado en España no completa la ESO ni obtiene el título de graduado, en el caso del alumnado gitano esta proporción es del 64 %. ¡Cincuenta puntos básicos de diferencia!».

Cifras, estereotipos, prejuicios. Pero solo el codo a codo nos permite descubrir los grandes valores de la etnia gitana. Alegres, acogedores y familiares. Una se queda perpleja cuando pone nombre a rostros y las historias se encarnan en unos y otros. Las diferencias nos enriquecen aunque no sea fácil la convivencia. Jarana, Pepa, Juan, Gaspar, Carmen, Melchor, Frasco, Yumalay, Jesús... son niños y niñas de etnia gitana de Almería. Cuando los conoces, los prejuicios se caen. Es la gran llamada que todos tenemos, la de derrumbar los estereotipos y acogerlos.

Hay personas que entregan cada día sus personas por ayudarlos a crecer y a educarse. Precisamente en Almería tres comunidades religiosas se insertan en Piedras Redondas (Hijas de Jesús y Jesuitas) y en Los Almendros (Misioneras Cruzadas de la Iglesia). Las dos

parroquias hacen camino de integración, camino compartido de búsqueda. Las hijas de Jesús tienen en Piedras Redondas el colegio Virgen de la Paz, donde más del 70 % del alumnado es de etnia gitana. Las misioneras cruzadas de la Iglesia atienden a unas 250 familias con necesidades básicas con alimentos, medicamentos: «Ayudamos en lo que está a nuestro alcance a través de Cáritas». Los jesuitas se encargan de las dos parroquias Buen Pastor y San Ignacio de Loyola, donde se ofrece también alfabetización, diferentes talleres, promoción de la mujer.

Toda la ayuda es poca pero lo importante es «estar con ellos, potenciarles lo bueno que tienen en su cultura y en cada una de sus personas», dice una hija de Jesús con una gran sonrisa. Desde el año 1970 las tres comunidades religiosas se encuentran ahí, fomentando el trabajo en equipo y facilitando que otros voluntarios se abran a los diferentes que viven con muchas necesidades.

También la asociación Rompiendo barreras, liderada por Javier y Meritxell, trabaja en los dos barrios a través de actividades lúdicas y deportivas y con la organización de una escuela de verano que les ayuda a adquirir unas pautas óptimas para su mejor integración en la sociedad.



Silvia Rozas, en el centro de la imagen, durante un campo de trabajo de las Hijas de Jesús en la barriada de Los Almendros en Almería